

# Educación cívica y cultura política: La gran apuesta| elsalvador.com

<https://www.elsalvador.com/opinion/editoriales/educacion-civica-y-cultura-politica-la-gran-apuesta/650388/2019/>

En los últimos años se han publicado diversos análisis que reflejan una preocupante descripción sobre el estado de la democracia. El Barómetro de las Américas (LAPOP) y el Latinobarómetro vienen mostrando, desde hace más de una década, una creciente indiferencia de los ciudadanos con las instituciones que integran a los sistemas políticos.

Los partidos son objeto de severas críticas porque no cumplen su oferta electoral y por los graves escándalos de corrupción que involucran a varios de sus figuras más emblemáticas. La frontera entre los Órganos fundamentales del Estado se está erosionando aceleradamente y en algunos casos, como los de Venezuela, Cuba y Nicaragua, ya no existe separación de poderes y las acciones de los organismos hemisféricos, entiéndase la Organización de los Estados Americanos, no obstante la aplicación de la Carta Democrática Interamericana, no logran restablecer el orden constitucional.

En no menos de 10 países latinoamericanos se han fragmentado las Asambleas Legislativas o se debilitaron en tal medida los sistemas de partidos que se ha tornado de difícil a imposible la adopción de acuerdos sobre aspectos estructurales como la política fiscal. Por otra parte siguen emergiendo opciones personalistas con un discurso centrado en la antipolítica. Todos los actores con un grado de protagonismo que existían antes que ellos entraran en la escena política – entidades públicas, organizaciones partidarias y de la sociedad civil, intelectuales, empresarios, universidades, medios de comunicación- son “más de los mismo”.

La desinformación y las noticias falsas están influenciando la voluntad de los votantes. El populismo está dominando la agenda pública como estrategia para satisfacer, en el corto plazo, los problemas de la gente. Escasean las políticas públicas sostenibles y abundan los programas asistencialistas con fines electorales para asegurar a los gobernantes altos niveles de popularidad y su reelección, cuando la Constitución lo permite, o el triunfo de los candidatos

del oficialismo.

Por eso la democracia está de moda. En buena hora si es así, aunque lo sea porque se encuentra fatigada, embestida por la molestia colectiva que exige una mejora en las condiciones de vida, y marcada por un justificado resentimiento popular en contra de los funcionarios que llegaron a malversar fondos públicos.

El debate debe centrarse en las estrategias que permitan recuperar el brillo de la democracia liberal. Se trata de promover una cruzada ciudadana que fortalezca la educación cívica y arraigue en los habitantes una sólida cultura política. Sin lugar a duda los populismos triunfan y los autoritarismos avanzan cuando la población no valora los pilares de aquel tipo de régimen. Son fundamentos que, siguiendo a Castells, consisten en “el respeto de los derechos básicos de las personas y de sus derechos políticos, incluidas las libertades de asociación, reunión y expresión, mediante el imperio de la ley protegida por los tribunales; separación de poderes entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial; elección libre, periódica, justa y transparente; y en la exclusión de otros poderes (económicos o ideológicos) en la conducción de los asuntos públicos mediante su influencia oculta en el sistema político”.

Si sabemos, como lo plantean Levitsky y Ziblatt en su libro “Cómo mueren las democracias”, que ahora éstas no desaparecen como en el pasado, a través de golpes militares, sino que por medio de líderes electos en contextos democráticos que paulatinamente se vuelven contra la propia democracia y desmantelan, poco a poco, a las instituciones; que los autoritarismos rechazan las reglas democráticas del juego, niegan la legitimidad de sus oponentes, alientan la violencia y restringen las libertades; y que existe un déficit de comprensión y valoración de la democracia en el que el lenguaje antipolítico se apodera del espacio público ¿Por qué no invertimos tiempo y dinero en formar a las actuales y futuras generaciones en valores cívicos y democráticos?.

Para que la democracia sea atractiva debe rendir frutos concretos, de lo contrario, como bien insiste Castells en su ensayo sobre la crisis de la democracia liberal, “la decepción recurrente de las esperanzas de la gente va erosionando la legitimidad del sistema, al tiempo que la resignación va dejando paso a la indignación cuando surge lo insoportable” (desempleo,

inseguridad, falta de servicios públicos de calidad, etc.).

Por eso, a la par de los programas educativos que cimentan el germen democrático en los niños y jóvenes y lo reavivan en los adultos, es necesario apostarle al buen, efectivo y profesional gobierno. Una posible fórmula democrática para equilibrar lo anterior podría ser la que contiene, por un lado, la convicción férrea que sin democracia viene la anarquía; y por el otro, que solo contando con instituciones que desarrollen políticas públicas acertadas, la gente creerá que valió la pena apostarle al orden, a la deliberación, a la tolerancia y al Estado de derecho.

\*Doctor en derecho y politólogo